

1



Un padre orgulloso

Era 13 de septiembre. El reloj de la torre del ayuntamiento sonó doce veces; ya era medianoche. A esas horas tan tardías no quedaba nadie en las calles de la pequeña ciudad de Kronenburg. Nadie excepto Kunibert Kasiblanco. Iba volando de buhardilla en buhardilla y, cada vez que se topaba con un fantastelo, le anunciaba la alegre noticia:

–¡Malwine ha tenido un bebé!

–¿Cuándo? –le preguntó Wilma Tembleque en la avenida de los Castaños, 16.

–Esta tarde, poco antes de la puesta del sol –contestó Kunibert.

–Entonces, se trata de un niño dominguero, ¡qué bien! –dijo Wilma Tembleque.

–Sí, estamos muy contentos.

–¿Es niño o niña? –preguntó Franz Medroso, de la calle de la Estación, 7.

–Un niño –dijo Kunibert.

–¿Y cómo se va a llamar?

–Todavía no tenemos nombre. Todo sucedió de repente.

–¿De repente? –se sorprendió Franz Medroso–. ¿No sabíais que Malwine estaba esperando un bebé?

–No estaba segura del todo –contestó Kunibert–. Con frecuencia tenía las típicas contracciones en la barriga.

–Entonces, estaréis doblemente contentos –dijo Franz.

–¡Así es! –confirmó Kunibert.

Agathe Timorato, del callejón Kramer, 78, puso cara de preocupación.

–¿No os parece que Malwine es aún muy joven para ser madre? –preguntó.

–En cuatro meses cumple cien años –replicó Kunibert–. Y tenía tantas ganas de tener un bebé...

–Yo tuve mi primer hijo con ciento cuarenta años. Y tú, Kunibert, tan solo tienes ciento diez.

–Ciento once.

–Julius tenía ciento ochenta años cuando nació nuestro primer hijo –dijo Agathe–. Y aun así pensaba que debíamos haber esperado un par de décadas más para tener hijos. Es una gran responsabilidad.



–¿Están vuestros padres al corriente del alegre acontecimiento? –preguntó Reinhard Resuello, del callejón de Nuestra Señora, 44.

–Mi hermano Blasius va de camino a su casa –contestó Kunibert.

–¿Fue un parto complicado? –quiso saber Jadwiga Pupas, de la calle Correos, 12.

–¡En absoluto! –dijo Kunibert–. Malwine estornudó trece veces, luego hipó veintiséis veces, después bostezó cincuenta y dos veces y por último salió el bebé de su boca.

–¿Y tú estuviste allí todo el tiempo y lo presenciaste? –preguntó Jadwiga.

–¡Sí, claro! –dijo Kunibert–. Yo sujetaba la mano de Malwine e iba contando en voz alta cada vez que estornudaba, hipaba o bostezaba.

–¿Y quién está ahora con Malwine y el bebé? –preguntó Wanda Versátil, de la calle de la Catedral, 28.

–Nadie –dijo Kunibert.

–¿Has dejado a Malwine y al bebé solos?

–Sí, ¿por qué no?

–Hay un hombre de la mochila rondando la ciudad –susurró Wanda.

Kunibert se estremeció.

–¿Un hombre de la mochila?

Los hombres de la mochila odiaban y perseguían a los fantastelos. Sobre todo, iban tras los fantastá-

leros. En tiempos remotos los fantastelos llegaron a poseer trece de estas monedas, pero todas, salvo dos o tres, habían caído en manos de los hombres de la mochila. También habían robado el *Oda-Hora*, el libro genealógico de los fantastelos.

Los hombres de la mochila llevan a sus espaldas unas mochilas especiales revestidas con tela roja por dentro y con la base llena de semillas de amapola. Cuando atrapan a un fantastelo lo transportan dentro de la mochila hasta un lugar solitario y lo hechizan con un conjuro para que no pueda moverse de allí.

La tía de Kunibert, Katharina Kasiblanco, fue raptada por un hombre de la mochila cuando era niña y logró escaparse en el último momento, aunque eso sucedió hacía más de doscientos años.

–Hoy en día no quedan hombres de la mochila –dijo Kunibert–. Esa profesión se ha extinguido ya.

–Yo no he visto nunca a un hombre de la mochila –contestó Wanda–. Pero Fridolin Susurro jura haber visto uno.

–Fridolin está siempre propagando rumores.

–De todos modos, yo en vuestro lugar me andaría con cuidado.

–Así lo haremos –asintió Kunibert–. Ahora debo regresar con Malwine y el bebé.

Se despidió y salió volando de allí. En el camino se detuvo para recoger una rosa roja para Malwine.

2



No tengas miedo, bebé fantástelo

En la buhardilla del número 18 de la calle de los Tilos, ardían tres velas de un candelabro herrumbroso situado sobre una vieja mesa coja. Junto a ella, en un sillón desgastado, estaba sentada Malwine Kasiblanco. Tenía en brazos al bebé y lo mecía mientras cantaba:

Bebé fantástelo, no tengas miedo;
fuera aúlla el viento.
Papá regresará a casa presto,
a casa con mamá y el bebé fantástelo.

En ese momento Kunibert Kasiblanco entró flotando por el tragaluz. Corrió hacia Malwine con la rosa en la mano.

Kunibert vestía un traje blanco y botas blancas de cordones. De cabeza proporcionada y cabello gris plata, poseía, como los seres humanos, dos brazos y dos manos, tronco, dos piernas y dos pies. Su piel era blanco platino. Los ojos de Kunibert tenían un tono violáceo y brillaban en la oscuridad, como los de todos los fantastelos. Tenía grandes orejas a ambos lados de la cabeza y la nariz ligeramente curvada hacia arriba.

–Para ti, Malwine. –Puso la rosa a sus pies.

–¡Gracias, Kunibert! –dijo Malwine.

–¿Qué tal está nuestro hijo?

–Ha comido y ahora está durmiendo.

–¿Ha preguntado por mí?

–Habría preguntado por ti si supiera hablar –Malwine sonrió.

La piel blanco platino de Malwine estaba llena de manchas doradas conocidas por los fantastelos como «lunares estelares». Tenía orejas diminutas, nariz pequeña y recta, y pelo plateado a la altura de los hombros. Sus ojos eran color ámbar. Llevaba un vestido de seda rosa claro, medias blancas y zapatos de pulsera blancos.

Kunibert colocó una silla junto al sillón de Malwine y se sentó.

–¿Estás enfadada conmigo? –preguntó.

–¿Por qué iba a estar enfadada? –dijo ella.

–Porque te he dejado sola todo este rato.

–El tiempo se me pasó en un suspiro. Además, no puedo enfadarme contigo, ya lo sabes.

–¡Ay, Malwine! –suspiró Kunibert. Tras un rato preguntó–: ¿Quieres comer algo? ¿Te preparo un plato de luz de luna?

–Muchas gracias, Kunibert –contestó Malwine–. No estoy nada hambrienta.

Los fantastelos no necesitaban alimentarse con regularidad, pues comían y bebían solo cuando les apetecía.

–¿Necesitas alguna otra cosa? –preguntó Kunibert.

–Sí –dijo ella–. Me encantaría conseguir una cuna para nuestro hijo.

–¿Acaso los bebés fantastelos no duermen como nosotros, en baúles de madera? –replicó Kunibert.

–Pero me gustaría que tuviera una cuna en condiciones: con colchón, una manta cálida y una almohada mullida –dijo Malwine–. Anda, Kunibert, ¡consigue una cuna! Seguro que la puedes pedir prestada en alguna parte.

–¿Prestada? Los bebés de todas las familias de fantastelos duermen en baúles de madera.

–¡Pero nuestro hijo es tan diminuto! –dijo Malwine–. En un baúl de madera se perdería.

El hijo de Malwine y Kunibert era realmente menudo. No pasaba de un puño. Tenía dos pies minúsculos con cinco dedos minúsculos y sus aún más



minúsculas uñas; dos manos minúsculas con sus dedos minúsculos y sus aún más minúsculas uñas; dos brazos, dos piernas, un tronco y una cabeza bien proporcionada; dos ojos color ámbar, una nariz minúscula ligeramente curvada hacia arriba, dos orejas de soplillo minúsculas a los lados, una boca minúscula y un rizo blanco sobre la frente.

Malwine ajustó alrededor de los minúsculos hombros del niño la bufanda de lana en la que estaba envuelto.

–No puedo estar meciéndolo en brazos toda la noche –dijo ella.

–¿Y si lo acuno yo?

–Tú tampoco puedes mecerlo en brazos toda la noche.

–No. –Kunibert le dio la razón.

Reflexionó sobre si contarle a Malwine el rumor del hombre de la mochila, pero no quiso inquietarla y no le dijo nada.

–Entonces, lo mejor será que vuele ahora en busca de una cuna –opinó.

–Kunibert, eres un tesoro –dijo Malwine.